

MONJES Y MONJAS DE JERUSALÉN

*“En el corazón de las ciudades,
en el corazón de Dios”.*

En este “desierto” de soledad, inquietud, indiferencia, anonimato, en solidaridad con el hombre de hoy tal como él es y allí donde está, los monjes y las monjas de Jerusalén quieren intentar hacer brotar un oasis, dar vida a un espacio de silencio y oración que sea a la vez un lugar donde se acoge y se comparte. Un lugar de gratuidad donde prime la vida sobre la acción y la palabra. Un lugar de paz donde cada uno pueda ser acogido, sea cual fuere su medio, su edad, su mentalidad. en esa búsqueda de Dios de quien todos estamos sedientos.

En medio de un conjunto delimitado por los Quais, L’Ile Saint-Louis, el Marais, el Centro Beaubourg, el Hotel de Ville y el Forum des Halles, el Cardenal de París ha confiado a la Iglesia Saint-Gervais la misión de llegar a ser un lugar de contemplación donde se canten en los tres grandes momentos del día las “Horas monásticas” y se celebre cada tarde la Eucaristía.

Dos Fraternidades de monjes y de monjas, nacidas sucesivamente el 1º de noviembre de 1975 y el 8 de diciembre de 1976, cuentan actualmente (1978) con alrededor de cuarenta miembros. Su vocación no es pastoral sino monástica y su vida está hecha de exigencias conjugadas de vida fraterna, oración común y personal, trabajo a medio tiempo, silencio y acogida, dentro de un compromiso de pobreza, castidad y obediencia, y en espíritu de alegría y de humildad, donde halle cabida la soledad en Dios.

Lo esencial de su proyecto de vida se encierra en esta simple frase de Jesús consignada en San Juan: “Padre, no te pido que los retires del mundo sino que los guardes del maligno” (17,15).

Ahí están pues, “para una búsqueda sólo de Dios”, pero en la solidaridad vivida con el hombre, un poco a la manera de los discípulos viviendo la fraternidad del mismo escuchar, del mismo andar, del mismo hundirse como el grano en la tierra y del mismo madurar en torno a Cristo. Viven una búsqueda de Su presencia incluso en los signos de este tiempo, en la marcha y la evolución de nuestra historia que el Hijo habita y que el Espíritu conduce, para darle su sentido profundo y la Esperanza final.

Contemplativos y solidarios, testigos de su venida y atentos a la promesa de Su vuelta, su “consagración religiosa” los compromete en el servicio, la adoración, la 'dependencia y la alabanza.

Viviendo ellos mismos -sin huir fuera de la ciudad- la experiencia de las dificultades, de las alienaciones, de las luchas, del trabajo, de las obligaciones, de las fatigas, del ruido, de la polución, de las penas y de las alegrías, del pecado y de la santidad de este París donde viven diez millones de hombres, sus hermanos, ellos quisieran intentar realizar allí con ellos, a su pequeña medida, pero realmente, “los signos precursores que anticipan el Reino”, a la vez en la ruptura y en la comunión, en la soledad y en el compartir.

Una de las máximas características de nuestro tiempo es sin duda alguna el fenómeno urbano. Por eso ellos no son ni benedictinos ni trapenses, ni carmelitas ni dominicos... Son “HOMBRES DE LA CIUDAD”. Son monjes y monjas de Jerusalén.

JERUSALÉN: ciudad dada por Dios a los hombres, para Dios. Ciudad donde Jesús vivió, rezó, testimonió, donde Él murió y resucitó. Ciudad de las primeras comunidades cristianas PRE-monásticas. Ciudad donde los tres monoteísmos permanecen juntos y tan dramáticamente divididos. Ciudad patrona de todas las ciudades y Esperanza del Reino que viene.

Tras los Padres de los primeros siglos cristianos que se iban al “desierto” para “luchar contra el diablo”, procurando allí encontrar a Dios, ellos también, a su vez, quieren ir al “desierto” de la ciudad moderna para luchar contra sus espejismos, sus apetencias insaciables, su soledad, y para cantar allí las verdaderas bellezas, las aspiraciones y los valores profundos “en alabanza de gloria”. A fin de ser allí ellos mismos, purificados de su pecado y santificados por Su Vida. Ponen su oración en la ciudad y la ciudad en su oración. No hay tarea más útil ni más hermosa que se pueda proponer al hombre sino la contemplación.

En efecto, no se puede alabar lealmente al Dueño del Universo: sin interesarse por su Universo; partir en seguimiento del Hijo del Hombre, sin buscarlo en el corazón del hombre, donde Él se encarnó, y vivir su hoy sin tener en cuenta este hoy en el que sopla el Espíritu. No se trata de contemplar a Dios o de actuar por el hombre, sino de unificar la contemplación y el compartir, la oración y el trabajo. Marta y María.

La búsqueda de Dios, “Único necesario”, pasa por el hombre porque el hombre es “imagen del Padre”, “Cuerpo de Cristo”, y “Templo del Espíritu”. En este mundo donde todo pasa, “solo Dios basta”, pero Dios mismo ha hecho su morada en el mundo y en él nos ha puesto. Si París es “Babel”, es también “Ciudad Santa”. El Señor permanece allí y allí queremos contemplarlo.

*Fraternidades Monásticas de Jerusalén
30, rue Geoffroy l'Asnier
11, rue des Guillemites.
75004 – Paris. Francia*